Capítulo 2
Los guías de la Natación Temprana: mamá y papá

Son los adultos referentes del bebé los verdaderos e irremplazables conductores del proceso de aprendizaje en la edad de 0 a 3 años. Cuando llegan con su hijo a la piscina, nuestra primera mirada es para ellos, las madres y los padres. Llegan, y con ellos, un bebé o un niño, pero la necesidad primordial es conocer las características particulares de cada uno de los adultos, porque vamos a comprometernos juntos en un proceso de aprendizaje compartido.

Trabajamos el vínculo con cada familia de manera muy personalizada para poder integrarlos a la actividad, porque estamos convencidas de que los hijos pueden mucho más cuando sus padres comprenden el valor de estar con ellos en el agua, guiando su hacer. Los padres van conociendo la actividad y las particularidades de la relación de su hijo con el agua, en un proceso de crecimiento acuático compartido. En su compañía, los niños se vuelven poderosos en todo lo que realizan. Un padre resumió muy bien la diferencia de los aprendizajes que se realizan en presencia y con la guía de los padres: "Jugar va a jugar siempre, pero nuestra presencia hace la diferencia entre que juegue de local o de visitante."

Desde el primer encuentro conversamos sobre los motivos por los que eligieron venir a natación. No se iniciarán del mismo modo quienes llegan porque se lo recomendó el pediatra, que aquellos que lo hacen porque se relacionan muy bien con el agua y quieren

compartirla con su hijo. Otros, que han construido o instalado una piscina en casa, vienen a las clases porque quieren que el niño aprenda a nadar. Otros dirán: “Es que yo le tuve miedo al agua y no quiero que a él le pase lo mismo.” Otros: “Porque cuando lo baño veo que le gusta mucho el agua.” O también: “Porque este verano vi jugar a la hija de una amiga en la piscina y me encantó lo que hacía; su mamá me contó que hacía Natación Temprana con ella”

También llegan familias que han vivido alguna experiencia traumática en el agua. Esto no implica que necesariamente haya habido una situación de riesgo real: alcanza con haber experimentado la sensación de falta de aire y desorientación para respirar, pero tiene el mismo efecto en el sentir de niños y adultos. Incluso puede no haberle sucedido al niño mismo, basta con que haya sucedido en la familia para que movilice a todos. Muchas veces sucede que un episodio así aleja para siempre a la familia del agua. Por suerte para este niño que llega, la familia ha decidido acercarse al agua nuevamente para reelaborar esta experiencia en un ámbito seguro y contenedor, lo que le permitirá a él disfrutar de una infancia acuática, y a los adultos volver a ser amigos del agua a través del disfrute de su hijo.

Por último, están los convencidos totales: "Vengo porque me encanta el agua y quiero disfrutarla con él.” Son los que vienen ya con su tercer o cuarto hijo porque, conociendo la Natación Temprana, la disfrutan como una importante actividad lúdica que pueden realizar y compartir con sus hijos, y la única organizada sobre una base a la vez afectiva y corporal. Las expectativas son muy variadas, pero todas tienen algo en común: hay un adulto-guía (mamá o papá) que se está comprometiendo en el proceso de aprendizaje de su hijo.

Inicialmente, la forma de realizar la actividad tendrá mucho que ver con las motivaciones que mencionamos anteriormente, pero en el transcurso del trabajo que realizaremos juntos —y la experiencia adecuada— irán conociendo de manera concreta el amplio potencial de la Natación Temprana en el desarrollo vincular global.

Buscamos que lleguen a comprender que su presencia es irreemplazable, porque su hijo encuentra en la expresión de sus rostros la seguridad afectiva, la aprobación de su hacer y la protección que significa estar en el agua en sus brazos. Es decir, encuentra la contención necesaria. El descubrimiento de un mundo más amplio que el familiar —el único al que está acostumbrado el niño en esta etapa de su vida— será sin angustia, ya que siempre verá a mamá o a papá. En el agua, también serán el puente natural entre lo conocido y el medio nuevo.

Los verdaderos guías del aprendizaje: mamá y papá.

Proponemos desde el inicio la participación de ambos, madre y padre, en la actividad, siempre que esto sea posible. En el agua trabajamos con un solo adulto por niño, pero pueden alternarse según sus necesidades, e incluso algunas clases invitar a algún otro adulto que sea significativo en la vida de su hijo. Esto es importante porque les da a los niños más variedad de propuestas y sostén. En general es la madre quien con más frecuencia asiste al natatorio con su hijo, y no tanto el padre, por razones horarias u ocupacionales, aunque es una tendencia que afortunadamente se revierte poco a poco.

En nuestra propuesta buscamos brindar oportunidades para que el padre se incorpore también a las clases. Hemos comprobado el éxito frecuente de esta forma de trabajo y esto se refleja en las clases de los sábados, que siempre cuentan con muchos papás en el agua. Es muy especial también la presencia de los abuelos o abuelas como adultos-guía en las clases e incluso hemos tenido casos de cuidadoras cuando la madre o el padre no podían asistir a las clases. Son familias que han comprendido la importancia de sostener el ritmo de asistencia y el espacio afectivo que ha creado su hijo. La personalidad de cada adulto referente de ese niño — el ser diferentes — da lugar a matices variados en su conducta.

La actividad se basa en la presencia de un adulto referente de ese niño que está en el agua. Es lo que hace diferente el aprendizaje, porque es la única etapa en que los padres tienen un acceso completo a la actividad del niño. Cuando logran acompañar la curiosidad de la exploración con actitud abierta, lo primero que aparece es la diversión y la sorpresa. Nace un nuevo espacio, toman conciencia de su propia forma de jugar y proponer y, fundamentalmente, logran la combinación ideal: *poder dar libertad a su hijo sin perder seguridad.* Estos padres se ponen en el lugar adecuado para mirar, expanden su mundo y a la vez aprenden a leer en el niño lo que es efectivamente posible.

La presencia de sus padres en el agua anima al niño y enriquece su hacer.

"El desarrollo humano es un proceso que conlleva simultáneamente uniformidad e individualidad" (Ausubel y Sullivan, 1983). Los niños tienen características comunes por su edad o por la influencia de su entorno y, a la vez, un mundo propio con grandes variaciones dentro de lo esperado para cada edad. Buscamos que los padres estén atentos a ambas condiciones, valorando el camino de su hijo en lo que tiene de universal y particular, respetando su ritmo personal de observación y aprendizaje. Esto significa también comparar su desarrollo con etapas anteriores del mismo proceso, y no con logros de otros niños. Así, los padres acompañan conscientemente el desarrollo de la observación, la atención, la creatividad, la inteligencia, la autoestima, la seguridad y la independencia.

La familia y el agua como entorno vincular

Es necesario, para los que trabajemos en el agua, conocer y comprender a esa familia —padre y/o madre y bebé— con la que nos encontramos en una interacción permanente. Una de las características más importantes de la actividad es pensar de qué manera vamos a acompañar a ese adulto que nos trajo a su hijo. La información que uno da tiene que orientarlos y hacerles ver que no es sólo cuestión de que los niños jueguen en el agua sino del rol protagónico que ellos tienen en el aprendizaje. La información despierta compromiso y construye confianza.

“Quiero que aprenda a nadar”

Proponemos desde el inicio crear un ámbito de reflexión sobre la actividad y sus implicancias. Los padres tienen que conocer realmente porqué están viniendo a natación y qué esperan de la actividad. Siempre tenemos presente el relato inicial de motivos y expectativas, pues habla de quiénes son los padres y qué necesitan. Es la base sobre la que nos orientamos como docentes para trabajar con ellos, y a la vez es información que se va transformando a medida que avanza el proceso de aprendizaje, especialmente el del adulto.

La reflexión sobre las distintas motivaciones con ese padre o madre fortalece su compromiso. Cuando los padres descubren el papel del agua en el crecimiento de su vínculo con el niño, se muestran más fieles a lo que están haciendo y le dan tiempo al aprendizaje. Pero cuando la motivación no está clara empiezan a espaciarse las clases y finalmente el niño pierde el momento —su tiempo, el tiempo de su vida—, y pierde la oportunidad de recibir estas experiencias. Hasta los 3 años el crecimiento es especialmente intenso, tanto a nivel corporal como socio-afectivo. Distintas corrientes de pensamiento sostienen que durante los primeros tres años de vida el desarrollo es máximo y definitorio.

Si no hay un compromiso de los padres, ese tiempo no es recuperable, y se pierde la vivencia, la experiencia que se da por la suma de oportunidades de observar, explorar, hacer y repetir. Podrá aprender a nadar más adelante, pero pasó el momento de incorporar la percepción temprana de su cuerpo en el agua y la contención que ésta ofrece, especialmente en la construcción de su imagen de sí mismo y del mundo.

Las motivaciones para llegar al agua están estrechamente relacionadas con las expectativas de esos padres que llegan. La más generalizada es que su hijo “aprenda a nadar”. La significación de esto es tan subjetiva que es ahí por dónde comenzamos: ¿Qué es, para cada uno, aprender a nadar? ¿Qué pueden hacer bebés y niños en el agua? No se puede dejar como expectativa que su hijo aprenda a nadar en tres meses, o que si se cae al agua salga nadando. Más adelante hablaremos extensamente sobre las posibilidades acuáticas que da el desarrollo en esta etapa y las condiciones que necesita un niño para alcanzar su plena capacidad acuática. Cuando no trabajamos en profundidad las expectativas, y sus fundamentos, los padres tal vez esperen que el niño haga cosas para las que aún no tiene capacidad. También pueden creer que el agua le va a encantar desde el primer día y sucede que se retrae o llora. Acompañar a este niño y sus padres adecuadamente dará el tiempo necesario, teniendo en cuenta que el comienzo es un período de adaptación a todo: al espacio, al docente, al grupo, al agua…

¿Cómo es la familia que llega a la piscina?

Cuando llega un bebé o un niño a la piscina, en verdad la que llega es toda su familia. Conversamos mucho con los padres sobre su propia historia y la de la familia en relación al agua. *Todos tenemos una biografía acuática que determina nuestra manera de ser y estar en el agua, el placer o la tensión, los desafíos, las habilidades y el tono corporal*. Ya desde la vida en el útero, el mundo nos llega a través del agua, y sobre esta base se asienta la historia posterior, la historia del niño y de las experiencias con sus padres y hermanos.

La edad del niño cuando comienza las clases condicionará la indagación que hagamos. Si se trata de un bebé de pocos meses de vida, preguntaremos todo lo relativo a su modo de ser, sus modalidades de vida cotidiana como, por ejemplo, la alimentación, el sueño, la vigilia, los rasgos de carácter, su experiencia con el baño diario, sus gustos y rechazos. Si, en cambio, es un explorador de un año y medio en adelante, preguntaremos cómo juega, cómo se comunica, qué experiencias acuáticas tiene y, sobre todo si llega a nosotros con lo que llamamos un "*agua del sí*" o "*un agua del no*": se trata de descubrir *qué significación del agua han transmitido los padres* a ese niño o qué ha escuchado hasta ahora al acercarse al agua: "No te mojes que te vas a enfermar.", "No, que te puedes ahogar.", "No, que te vas a hundir." Sin duda, el niño receptor de estos mensajes llegará a la piscina con un "agua del no" que habrá que transformar. Primero con sus padres y luego con él. Por supuesto siempre respetando los tiempos de ambos, y trabajando principalmente sobre los temores del adulto que están en la base de toda la situación del "agua del no". Habrá otros, los del "agua del sí", que llegarán preparados y bien dispuestos, con un camino recorrido, con un placer transferido y una confianza acuática permitida desde siempre. "¿Vamos a la lluvia a poner barquitos en los charcos?" ó "Podemos correr en la lluvia porque hace calor". O también "¿Me ayudas a regar?". O: "¿Te quieres bañar y usar la ducha como papá?" Esos son mensajes del "agua del sí".

La presencia del agua en el mundo del niño, si tienen piscina en la casa o en alguna otra casa donde el bebé asiste a menudo, si viven en barrios cerrados con lagos y lagunas, es otro tema a conocer y evaluar. Tenemos la experiencia de una familia que viene del Delta y con experiencia de río para familiarizar a su hija con el agua tempranamente. Las condiciones de seguridad de cada una de estas realidades y los hábitos acuáticos son muy importantes. Otra realidad es la del niño que vive en un departamento y que viene a la piscina como único espacio de esparcimiento acuático en el invierno. En todos los casos estas variables son tomadas en cuenta como un eje de trabajo en la actividad planificada con ese niño y esos padres. Todo cuanto se conozca sobre el niño jugará en favor de su bienestar.

La composición del grupo familiar es otro tema substancial. Observamos a diario que el desarrollo socio-afectivo del bebé hijo único o primer nieto, contenido permanentemente por adultos, es estimulado por la presencia familiar. Al compararlo con otro niño que crece junto a sus hermanos, con quienes comparte su vida cotidiana, vemos que su comportamiento es diferente: los admira, los imita, trata de usar sus juguetes y, aunque a veces se enoja y llora, está siempre dispuesto a ocupar el espacio que los más grandes le asignen.

El hijo único, al iniciar la actividad, necesita adaptarse al docente y a otros padres y sus niños. En cambio, aquel que tiene hermanos, sólo necesitará adaptarse al docente, ya que con los niños que lo rodean en la clase recrea una situación de vida cotidiana. Por ejemplo: tenemos a una niña de un año y medio, hija única, en su primer día de clase, abrazada de su mamá y con su juguete en las manos, que está ante niños de su edad que se mueven, juegan y comparten una colchoneta. Los mira y mira a su mamá, como diciéndole: "¿Y ellos qué hacen?", y continúa observándolos sin hacer ningún intento de compartir situaciones de grupo; sólo quiere estar en brazos de mamá. Otro niño, de la misma edad pero con hermanos, en la misma situación manifiesta gestualmente: "Yo también", y basta con acercarlo al grupo para que trepe a la colchoneta y ocupe un

espacio con los que ya estaban allí. Él, simplemente, ha repetido lo que vive en su vida cotidiana: hacer lo que hace el otro niño.

Éstas son sólo algunas de las tantas condiciones en las que llegan los niños a la clase. Pero la evaluación inicial no se agota en una primera experiencia ni en una primera clase, sino que es la base de un proceso de aproximación y profundización de la relación entre los padres, el bebé, el docente y el agua.

No es necesaria ninguna experiencia acuática previa de los padres o del niño para asistir a Natación Temprana. Es interesante, sin embargo, detenernos en la habilidad acuática de los padres. Un padre o madre nadador será, probablemente, audaz y confiado para las destrezas, pero deberá también estar atento para saber esperar los tiempos de su hijo para observar y probar las situaciones nuevas. Es primordial que su propia seguridad no se convierta en una exigencia para el niño.

Los padres con habilidad acuática son una buena ayuda para el docente. Hay madres o padres que llevan mucho tiempo concurriendo a la piscina, muchos de ellos vienen con su tercer o cuarto hijo. Siempre tienen algo diferente para aportar porque, además de la capacidad, ya conocen el tiempo de espera al desarrollo del aprendizaje. Cuando damos cursos de formación docente, invitamos a algún padre para que venga a hablar de sus experiencias, que son muy enriquecedoras, tanto para los futuros docentes como para nosotros.

Tenemos la experiencia de varios adultos que se acercaron y se acercan con sus hijos sin saber nadar o sumergirse. Esto es posible porque la actividad se desarrolla siempre en profundidades medias, donde el adulto está siempre en control de sus movimientos. Con ellos trabajamos especialmente la confianza y el sostén, que crecen y mejoran a medida que los padres van haciendo su propia experiencia acuática, guiados por el impulso curioso y explorador de sus hijos.

Seguridad. ¿De qué hablamos?

Más allá de las motivaciones manifiestas, siempre damos un lugar preponderante al tema de la seguridad, en todos los niveles. Es raro que un padre nos diga: “Vengo porque le tengo miedo al agua y no me animo a soltar a mi hijo cuando estoy en la piscina.” Pero si eso es lo que siente lo reconoceremos en todo su cuerpo, en su forma de acercarse, entrar y habitar el agua, y lo recibirá también su hijo, a cualquier edad, pues estará presente en el modo de invitarlo al agua y de acompañarlo en la actividad.

Es esperable que un padre que no conoce bien el agua sienta miedo. Subyace, en todos nosotros, un temor oculto y profundo al agua, pero no está presente desde el nacimiento. El miedo al agua es aprendido y se transmite de padres a hijos. A medida que va surgiendo la confianza también comienzan a expresarse los miedos, y eso es bueno. Más de una vez preguntamos a los padres: “¿Cómo te sientes con lo que estamos haciendo? ¿Qué te preocupa?” Y muchas veces la respuesta es: “Tengo miedo de que, si se cae al agua, se vaya al fondo y no pueda sacarlo”, “Tengo miedo de que se sumerja y no pueda salir”, “Si se hunde y se asusta, ¿ya no va a querer aprender hasta que sea más grande?”

Estos son temores muy comunes, pero que no todos pueden expresar. Son imágenes mentales tan fuertes que no permiten pensar que en realidad un bebé es tan flotante que habría que empujarlo para que se hunda, porque su cuerpo es pequeño. Cuenta, además, hasta los tres o cuatro meses, con un reflejo de cierre de glotis que protege sus vías respiratorias durante algunos segundos ni bien su cara entra en contacto con el agua.

Inicialmente, cuando los adultos experimentan este tipo de temores, éstos no son del todo conscientes, pero los vemos traducidos en la manera en que toman a su bebé para que no le vaya a pasar lo que temen. Estos miedos primarios, integrados al proceso de aprendizaje, con la práctica y el conocimiento, se convierten en prudencia. Es muy bueno trabajarlos para que, en primer lugar el padre, y como consecuencia el niño, lleguen a tener lo que se llama *seguridad básica*. ¿Qué es la seguridad básica? Es la que permite ser y estar, en tierra y en el agua. Cuando alguien entra en un lugar que no conoce, mira, observa, recorre y prueba hasta asegurarse. En el agua es exactamente igual.

Lo importante es ayudar al adulto a reconocer estos miedos, integrarlos a la clase y conversar sobre su necesidad de superarlos. Es decir, volver genuina la motivación de estar en el agua. Genuina y consciente, para poder orientarla sobre la importancia de cada intervención en el camino de su hijo. Para lograr esa conciencia siempre apelamos a la información escrita que tenemos en las fichas de ingreso y a las conversaciones de los primeros encuentros, y reflexionamos sobre la motivación que manifestaron al llegar a las clases y la que van generando en la práctica. “Esto es lo que habías dicho cuando llegaste. ¿Cómo andamos ahora?”

En los adultos, aprender a nadar o adaptarse al medio acuático es una situación similar a aprender a manejar. En general, las dificultades para aprender a manejar están referidas a la sensación de pérdida de control del automóvil, el temor de no poder detener el coche a tiempo, o cuando uno quiera. En el agua sucede algo similar con el control del equilibrio: ¿Qué hago cuando necesito apoyo y el agua cede? ¿Qué hago cuando quiero estar equilibrado y el agua hace flotar el cuerpo? ¿Qué pasa cuando estoy en un lugar donde no hago pie y no sé nadar? Todo esto es lo que da la sensación de miedo, *la pérdida de la seguridad básica*. Si estamos sumergidos, sólo pensamos en tener la boca fuera del agua para poder respirar y lo único que nos preocupa es saber cuándo vamos a poder tomar aire.

El bienestar aparece cuando finalmente perdemos la sensación de caída, de falta de apoyo y de falta de control de la situación: logramos equilibrarnos. El cuerpo aprende que es el agua la que va a sostenernos y perdemos el miedo a no poder respirar. No importa el camino ni cuánto le lleve al adulto lograr esta seguridad básica, pero sin ella será difícil acompañar al pequeño explorador en sus ansias de mundo acuático.

La información y la experiencia en el agua son los medios privilegiados para ir construyendo…

- Seguridad de saber que están conociendo el agua, sus enormes beneficios y las precauciones necesarias.
- Seguridad de saber que su hijo está con ellos, que están viviendo lo que pasa.
- Seguridad para jugar con el niño, dándole sostén y apoyo, sin interferir en su exploración y ritmos.

- Seguridad que logrará el niño a través del aprendizaje de diferentes habilidades.
- Seguridad de prevenir los riesgos y de estar preparados para situaciones inesperadas.

Al final del capítulo 4 incluimos un anexo con normas y sugerencias prácticas sobre seguridad acuática en el baño y las piscinas de natación.

Mamá y papá también aprenden

Un recurso muy importante en nuestro trabajo con los padres es la información que nos dan las encuestas de opinión. Además del continuo intercambio durante las clases, una encuesta por escrito y con tiempo de reflexión agrega información muy valiosa. Las respuestas permiten ver en qué diferentes etapas del proceso está cada familia y, a la vez, cuáles son las coincidencias y necesidades.

Compartimos este material que enriquece mucho nuestra propuesta docente, y que está referido a los cuatro pilares que mencionamos en el primer capítulo:

¿Qué aprendizajes observaron en ustedes como padre, madre o adulto que acompaña al niño y es su guía?

"Entiendo sus progresos. Es una actividad donde los dos somos protagonistas. Cada uno con su rol."
"He aprendido a sostener a mi hijo de manera más liviana. Ahora entiendo que el agua lo sostiene y disfruto con él."
"Sé que no debo estar ansiosa y que debo respetar los tiempos del niño. Además, me dan mucha seguridad sus logros."
"He aprendido a contenerlo. Se generó un espacio nuevo de juego y de complicidad."
"Aprendí a usar mis manos. Aún debo superar que el bebé no esté llevado por mí tan arriba por temor a que trague agua."
"Me siento con mayor seguridad por los nuevos conocimientos que estoy recibiendo."
"Aprendí a compartir el espacio con él, a ofrecerle el agua."
"Aprendí a pasar una hora entera con él sin interrupciones. En el agua no hay berrinches ni complicaciones."
"Aprendí cómo guiarlo. Descubrí cuándo aprende a hacer y cuándo está feliz."
"Aprendí cómo jugar cantando y haciendo tareas para que mi hijo tenga más seguridad."
"Aprendí que cada niño es diferente. Que debemos respetar lo que cada uno necesite y lo que quiere hacer."
"Aprendí que, con pautas claras, los niños hacen cosas hermosas. ¡Qué diferentes son los niños de una misma edad!"

En la evaluación de las respuestas de los padres vemos que la mayoría ha logrado una armonía tónica. Han entendido *cómo sostenerlo*, y el porqué de los *contenidos*, lo que orienta mucho su hacer. Están desarrollando la capacidad de *observar y evaluar* la actividad de su hijo: ¿Qué le *propongo*? ¿Cómo lo *acompaño*?

¿Qué es lo que, como adultos, disfrutan más de la actividad?

"Estar con mi hija, ayudarla a progresar, jugar con ella, felicitarla, alentarla y aumentar su autoestima."
"Disfruto jugar en el agua y estar con ella."
"Disfruto estar con mi hija, intercambiar con otras madres, ver a mi hija feliz, conectada con otros niños y también mucho con la docente."
"Ver cómo disfruta mi hijo."
"Disfruto el intercambio y el contacto de mi hijo con otros chicos."
"Me relajan y me tranquilizan las explicaciones que me dan".
"Compartir mi experiencia con mi hija. Ver como disfrutan los chicos."
"Tener una hora entera, sin interrupciones, con ella."

En esta serie de respuestas —resumidas porque la mayoría eran coincidentes— hay una carga afectiva muy importante. Es decir, los padres disfrutan con el bienestar de los niños. No les preocupa cómo disfrutan sino *que disfruten*. Hay un fortalecimiento del vínculo afectivo que está dado por la ampliación del juego, por el diálogo, por la observación de la actividad, por compartir situaciones con los niños. También ellos conocen a su hijo ejerciendo capacidades que surgen por el simple hecho de haberle ofrecido el agua como espacio lúdico.

¿Cuál es para ustedes el momento más importante de la clase?

La clase tiene sus momentos: la iniciación —que implica que el adulto acuda al agua y se disponga a la actividad—, el desarrollo de la clase y su finalización, que es el lapso donde el niño se prepara porque sabe que está por irse y por eso se despide. En el Capítulo 4 hacemos un desarrollo completo de los momentos y contenidos de una clase de natación.

Algunas respuestas fueron:

"Las actividades en común, especialmente a la llegada."
"Cuando los niños se miran entre sí y aprenden de los otros."
"Las canciones y la finalización de la clase."
"Todos son importantes, pero los mejores para mí son los juegos en ronda."
"Creo que todos, pero es la reunión de la parte final la que me parece más importante, donde miramos y reconocemos a otros nenes."
"Cuando todos comparten una misma actividad, y se miran, y se animan a hacer cosas a partir de los otros."
"Es importante la llegada, porque reconocen el sitio, y el final, con la rueda de los chicos, porque creo que es la parte que estimula la sociabilidad y el reconocimiento del otro."
"El momento importante no siempre es el mismo, pero considero a todos importantes. Hay días en que el bebé está más conectado conmigo, otras veces está más conectado con los otros y disfruta de los trabajos grupales."
"El encuentro de las caritas y el estímulo de los profesores."
"Cuando los chicos comprenden el comienzo y el fin de la actividad."
"El ingreso al agua, porque, para mí, de eso depende la predisposición buena o mala del bebé para la actividad."

"Las canciones, el trabajo en ronda y el momento de silencio que se hace para tomar más conciencia de que estamos en el agua."

"Los momentos en que se proponen desafíos nuevos y el logro de éstos."

"Todos. Son los cuarenta minutos que dura la clase, ya que son dedicados de manera total a nuestro hijo, sin interrupciones."

"Cuando la docente está con mi hijo disfruto ver cosas nuevas que él puede hacer."

Evidentemente, para los padres es muy importante que aflore la interioridad de los niños. Las rondas en la clase tienen especialmente este objetivo: reconocer al otro, ver el grupo, sentirse parte de él, entender que están con otros, valorar su presencia y por último saber que la clase termina y nos despedimos. Cuando entramos en lo que se llama "el momento del silencio" nos miramos en ronda. La propuesta es: "Shhh... Vamos a escuchar el silencio." Es un momento de mucha intimidad y comunicación. Las diferentes expresiones y reacciones de los niños sorprenden y divierten mucho a los padres, les dan pautas de lo que van entendiendo.

Uno de los juegos preferidos: el cuerpo del adulto que se brinda es todo un mundo para explorar

Cuando los padres comienzan a tomar conciencia de sus propias expectativas sobre los logros de sus hijos, observan que se basan generalmente en sus propias experiencias de aprendizaje, sus necesidades, sus valores, sus temores. Con esto se amplía el propio registro corporal y la atención al propio estado anímico. Descubren nuevas y personales formas de comunicación con su hijo, a través del ritmo, el canto, la música y el silencio. La socialización con otros padres y niños enriquece muchísimo la percepción sobre el mundo infantil y sobre la singularidad de su propio hijo. Les permite más libertad para explorar, y favorece el aprendizaje de formas variadas de acompañarlo o asistirlo durante la actividad. La experiencia les va dando información para que puedan apreciar los logros de su hijo, así como también proponerle experiencias y juegos *adecuados* a su etapa evolutiva corporal y afectiva.

El más importante de nuestros objetivos con respecto al adulto va más allá del agua: es que pueda *transferir la experiencia de las clases a situaciones de la vida cotidiana*

≈ el respeto por la autonomía del niño y sus tiempos
≈ el equilibrio entre los límites y las libertades
≈ la alegría y el placer como bases del aprendizaje
≈ el juego como forma de convivencia

A modo de conclusión, y de comienzo...

Crianza, confianza ¿Qué significa "estar presente"?

Entendemos como *presencia* la capacidad que tenemos los seres humanos de ser, estar y acompañar cuando el otro nos necesita. Muchas veces la presencia será corporal, otras una voz, una imagen, un recuerdo, pero en todos los casos esa presencia contiene, influye, modifica, enriquece el ser y el hacer del otro.

Ya desde la concepción, la calidad de la presencia de los padres es vital. Se expresará corporalmente, en los pensamientos, los deseos, expectativas y temores. A medida que pasa el tiempo, la presencia tiene que ir acomodándose y transformándose según las necesidades del camino de desarrollo de ese niño. Inicialmente será una contención total y envolvente por la indefensión del recién nacido, hasta llegar a un acompañamiento que cuida y estimula, a la vez que respeta al niño su curiosidad y autonomía. Para el ser humano, la experiencia cotidiana de las presencias afectivas importantes construye su autoestima, su seguridad y su independencia. El diccionario define como *presencia de ánimo* a la serenidad o tranquilidad que conservamos, tanto en los sucesos adversos como en los prósperos.

Para el bebé que recién nace, presencia es el rostro de su adulto, las voces familiares, los brazos que lo acunan, las manos que acarician, el alimento y los cuidados...

Para el bebé que ya se orienta y mira a su alrededor, serán los brazos que lo cargan y lo llevan de paseo, como también la voz que le canta y le cuenta lo que hace...

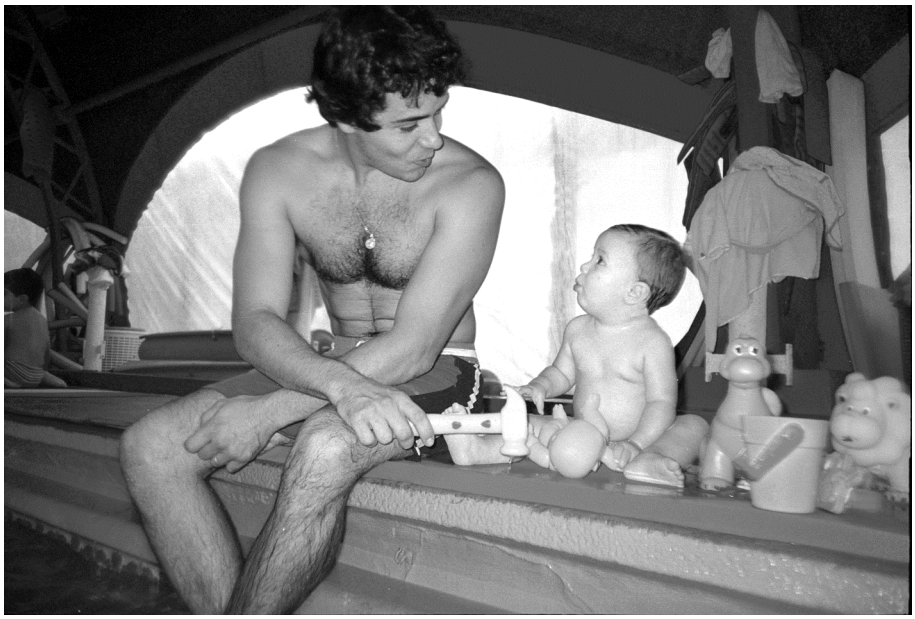
Para el niño pequeño que se ha puesto de pie y mira de frente a su adulto, son los brazos extendidos a su altura que lo esperan, y la mirada que le dice "vamos" y lo anima a caminar...

Luego viene el tiempo de estar a su lado, acompañando su ritmo y su fantasía creadora, respetando su tiempo. La presencia será aquí palabras, un cuento que alimenta, calma y cura, una respuesta a sus preguntas, una mirada atenta y, sólo cuando sea necesario, una mano, un apoyo para recuperar el equilibrio y seguir la exploración…

Cada niño nos desafía como adultos a aprender a dejar de intervenir, a dejar de dar todo el tiempo para dar sólo cuándo y cómo el niño lo necesite o lo pida, permitiendo

que se amplíe el espacio disponible para el aprendizaje autónomo del pequeño explorador. La presencia estabiliza y acompaña, enriquece cuando deja libre, cuando no se impone sino que sostiene a través de nuevas formas de comunicación.

En el mundo del explorador, la presencia vital es la voz que, sin detenerlo, fija límites: “En la vereda, sí. A la calle, no.” Los límites contienen, organizan, dan seguridad y generan autoconfianza. Una buena presencia crea límites que, aun en ausencia del adulto, son respetados por el niño. Ya no es tan necesario el contacto visual y corporal, el niño ve la calle y recuerda el no, y él mismo lo dice: “Calle, no.” Recrea la presencia, pasa del ver al recordar, utiliza la imagen de su adulto y la memoria de la palabra que lo orienta.



El diálogo puede existir aun cuando todavía no hay palabras.

Cuanto más independiente sea, tantos más serán los límites que deberá prever el adulto que busca protegerlo y orientarlo. Antes que nada, el niño necesita comprenderlos; luego, recién los aceptará o no. El “no” del adulto tiene validez formativa cuando se mantiene, es decir, cuando no cambia por cansancio, porque el niño se enoja, llora o porque insiste hasta que al final el adulto cede. Esto confunde el desarrollo emocional. Puede cambiarse un límite o un “no”, pero antes habrá una explicación, una reflexión entre adulto y niño: un acuerdo. Comúnmente se cree que este tipo de diálogo no es posible con los niños pequeños. En nuestra experiencia, cuando el diálogo está presente en el vínculo, cuando el adulto descubre que se puede realmente conversar con los niños aunque tengan pocas palabras, el entendimiento es total, la afectividad se despliega y la confianza mutua se fortalece.

Lejos, cerca, lejos, cerca… el juego de las distancias. ¿Dónde nos necesita verdaderamente un niño? Continuamente estamos aprendiendo a adecuar las pautas de presencia al momento de desarrollo que vive cada hijo, y cuando creemos que estamos bien parados, ¡él ya cambió de lugar! La presencia que acompaña se sitúa delante, a la par o detrás sólo cuidando y acompañando sin tocar, según sea necesario; y aún en un mismo momento evolutivo, nuestro hijo necesitará de nuestra mano para algunas cosas y para otras sólo de nuestra compañía.

En cada etapa, a su manera, necesitará que nos alejemos para poder aprender solo y a su ritmo, para volver luego a compartir con nosotros su aventura.

* * *